

# HISTORIA UNIVERSAL

## Visión Providencialista de la Historia en Juan Donoso Cortés (I)

NOELIA TORRES CERNOCH

### INTRODUCCION

Juan Donoso Cortés nació el 6 de Mayo de 1809 en el Valle de la Serena (Extremadura, España). Fué hijo de don Pedro Donoso Cortés, descendiente del conquistador del Imperio Azteca, y de doña Elena Fernández Canedo.

Desde pequeño lo atrajeron vivamente el estudio de la Lógica y de la Metafísica. A los 11 años cursaba con éxito estas disciplinas en la Universidad de Salamanca. También los estudios históricos llamábanle la atención: a los 13 años escribía unos apuntes acerca de la Historia Universal, valiosos por la interpretación personal que hace de los principios y caracteres propios —para él— de cada época.

Fué un lector apasionado de todo libro que tocaba materias de tipo histórico, filosófico y político, y gracias a esta “voracidad libresca”: al “salir de la pubertad estaban ya completamente formados en su espíritu el gusto y la aptitud para los estudios histórico-políticos...” (1).

Alternando sus estudios de jurisprudencia con aficiones literarias (confección de poemas, creación de una academia literaria de carácter privado, etc.), vió terminada su carrera a la temprana edad de 19 años. Como no se le permi-

tiese ejercer, debido a su corta edad, aceptó el cargo de profesor de literatura en el colegio de Cáceres. Su cátedra, que constaba sólo de un alumno (su biógrafo Gabino Tejado), le sirvió para desarrollar sus más tarde alabadísimas condiciones oratorias. En el discurso que pronunciara con motivo de la reapertura del Liceo de Cáceres, en 1829, se puede observar ya el deseo de fundir en una unidad el pensamiento cristiano y la razón filosófica (eclecticismo).

A los 23 años, y habiendo contraído matrimonio con doña Teresa Carrasco, se dirigió a Madrid donde se hizo famoso por su “Memoria sobre la situación actual de la Monarquía” dirigida al rey Fernando VII. Esta obra también le valió su primer cargo político: el de oficial de secretaría del Ministerio de Gracia y Justicia. Al año siguiente: 1834, la Academia Sevillana de las Buenas Letras le nombró miembro honorario.

En algunas publicaciones suyas de esta época observamos cómo nuevos elementos del pensamiento cristiano se entrelazan y refunden con pensamientos de tipo racionalista.

En 1835, Mendizábal lo nombró “comisario regio”, con el fin de disolver las Juntas soberanas de Extremadura. Gracias al éxito obtenido en esta gestión fué condecorado con la Cruz de Carlos III.

(1) Gabino Tejado “Obras de Juan Cortés Donoso, marqués de Valdegamas. T. I. Madrid. 1854.

(1) Este artículo forma parte de la “Memoria” que está realizando la señorita Noelia Torres C., egresada del Departamento de Historia —con el Profesor Ricardo Krebs—. La “Introducción”, ha sido agregada para mejor comprensión del lector.

En 1836 asciende a jefe de sección de la Secretaría de Gracia y Justicia, para luego ser nombrado secretario del Consejo de Ministros, cargo que pronto dejó por discrepancia con el presidente Mendizábal. En 1837 es elegido diputado por la provincia de Cádiz, función que desempeñó repetidas veces. En 1840, con la subida de Espartero, se retiró a París, donde acompañó como secretario particular a la Reina María Cristina. En 1843, muerto el regente Espartero, volvió a España, siendo nombrado preceptor de Isabel II, quien le nombró Consejero Real, cargo que desempeñó sin abandonar sus tareas parlamentarias. Con motivo de las bodas de la reina Isabel II en 1846, fué honrado con los títulos de Marqués de Valdegamas y Vizconde del Valle.

Con la muerte de un hermano suyo se operó en él un cambio trascendental: hizo suyos para siempre los dogmas y principios de la Iglesia católica (1). El 4 de Enero de 1849, ante el Parlamento español, abjuró de sus antiguas ideas liberales-racionalistas; calificándolas de "infecundas, estériles y desastrosas".

En Marzo de 1849 pasó a Berlín como Ministro Plenipotenciario; dos años más tarde fué trasladado a París en donde publicó su "Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo". Obra ésta que encierra los pensamientos más macizos de Donoso acerca de las principales corrientes políticas-filosóficas del siglo XIX, conjuntamente con un acabado estudio de tipo teológico del Catolicismo.

Ocupando el cargo de Embajador de España en París, falleció en esta ciudad

el 3 de Mayo, de 1853, a la edad de 43 años.

B)

Donoso Cortés no es un historiador. Sin embargo, nos presenta a través de su obra una visión de la Historia, su visión particular del desarrollo de los acontecimientos humanos en el tiempo. Esta visión no se encuentra materializada en algún estudio orgánico, coherente, sino diseminada a lo largo de sus discursos, cartas, ensayos, etc. Apartar, seleccionar, escoger las ideas y conceptos fundamentales de una posible visión de la Historia no era tarea fácil más, tampoco imposible.

Siempre que escudriñaba la realidad existente de España, Francia o Alemania y, en general, de Europa —aún cuando lo hacía como político— tras de sus apreciaciones, valorizaciones, se encontraba un cúmulo de conceptos entremezclados de tipo histórico, filosófico y religioso que le servían de base y sostén. Observaba con especial atención los acontecimientos que se tejían en la Europa de la primera mitad del siglo XIX y, sin embargo, hacía algo más: se levantaba, se empinaba por sobre los ricos sucesos de su época y en esfuerzo extraordinario trascendía su tiempo para dibujar con fuerza patética, una imagen de la Historia Universal empapada en intuiciones religiosas.

Donoso Cortés es un pensador católico, enclavado en la Europa del siglo XIX. Todo lo que ocurre a su alrededor lo examina y valoriza desde el punto de vista de la ortodoxia católica. Apoyado en la visión bíblica, evangélica, agustiniana del acontecer humano, va creando una imagen de la Historia Universal que tiene como características fundamentales la intervención de Dios en la Historia, la lucha entre el bien y el mal, la victoria del mal sobre el bien, el hundimiento de la civilización europea, —en cuanto ésta representa los valores católicos tradicionales— etc., etc.

Donoso Cortés es un profeta. Tiene la

(1) En carta a Blanché-Raffin, de 21 de Julio de 1849, escribe: "Dios me tenía preparado para después otro instrumento de conversión más eficaz y poderoso. Tuve un hermano a quien ví vivir y morir, y que vivió una vida de ángel y murió como los ángeles morirían, si murieran. Desde entonces juré amar y adorar, y amo y adoro... iba a decir lo que no puedo decir, iba a decir con ternura infinita, al Dios de mi hermano".

fuerza de los profetas judaicos; el vigor y la valentía para señalar cómo los acontecimientos humanos han vivido bajo el sino divino representado por catástrofes y hundimientos de los imperios, levantamientos de pueblos, revoluciones, ensoberbimientos de soberanos, dictaduras, etc. El destino de Europa es vivir y contemplar cómo los valores católicos sucumben frente a la fuerza de la barbarie. Todo esto Donoso Cortés lo comprende y describe en su visión de la Historia Universal, la cual, en algunos momentos, alcanza la fuerza y el vigor dramático de una imagen dantesca.

### I.—

Dios ha creado al hombre, aún más, ha creado el universo con sus leyes físicas y morales. El hombre, viviendo en el tiempo y en el espacio, en un lugar cualquiera, en un tiempo dado, puede ejercer y ejecutar sus acciones, sus actos, en forma libre y soberana. El hombre es libre; Dios al crearlo le otorgó el libre albedrío, es decir, la facultad de seguir o el bien, o el mal. Sin embargo, éste, sin la ayuda divina nada puede ejercer, ni obrar; sin el auxilio de la Providencia, de la Gracia, es incapaz, por su misma naturaleza "caída y enferma", de ejecutar el menor acto. En verdad, el hombre había librado su primera gran batalla en la antesala de la Historia y había sido derrotado, paradójicamente, por él mismo. Su ser había sido degradado y este acontecimiento, violento y repentino, lo incrustó en la Historia, haciéndolo de ella su sujeto, su actor más importante. A causa del pecado original "tan grande es la miseria del hombre, tan honda su abyección, tan absoluta su ignorancia y tan radical su impotencia, que no puede por sí solo ni formar un gran designio, ni concebir un gran deseo de cosa que agrade a Dios y que aproveche a la salvación de su al-

ma"(1). Pero no todo lo había perdido, su naturaleza, enferma, poseía la contrapartida de formar, por esencia, parte de la obra, de la creación, del Ser Divino. La dignidad del hombre es tan alta, "su naturaleza tan noble, su origen tan excelso, su fin tan glorioso, que el mismo Dios piensa por su pensamiento, vé por sus ojos, anda con sus pies y obra por sus manos" (2). Gracias a la ayuda de Dios puede andar sin tropezar, levantarse si cae "y puesto en pie... perseverar" para continuar por su camino.

Este hombre, libre y encadenado, dueño de sus acciones y esclavo de las que realiza Dios, "señor de sus propios actos" por voluntad de Dios, se encuentra perdido, a causa de su ceguera, en el laberinto "de la Historia que van construyendo las generaciones humanas"; no sabe cuál es la estructura de este "laberinto", desconoce dónde está su entrada, se afana por encontrar su salida, más, todo es en vano, pues libremente nada hace por ver "la maravillosa manera con que Dios dispone los acontecimientos humanos".

La visión del hombre que presenta Donoso Cortés es, por una parte, opaca, gris y, por otra, luminosa, brillante. Apoyándose en el pecado original que el hombre cometió cuando aún no era un ser terrenal, configura al ser humano en forma defectuosa y caricaturesca, pero al mismo tiempo, recordando que este ser pecaminoso fué plasmado y realizado por el Ser Supremo, le da dentro de su imperfección, la posibilidad de alzarse, de superar un estado adquirido por su propia voluntad, y de gestar su ser más noblemente. Estas ideas acerca del hombre están entresacadas, principalmente, del Antiguo Testamento (Gé-

(1) Obras Completas de J. Donoso C., Tomo II, El Ensayo, pág. 383.

(2) Obras Compeltas de J Donoso C., Tomo II, El Ensayo, pág. 383.

nesis), pero es necesario insinuar que ella no representa cabalmente la imagen cristiana del hombre. Se insinúa en Donoso Cortés la idea de que el hombre en la tierra está más cerca del mal que del bien, que ontológicamente el hombre no puede realizar una elección justa, si fuese requerido para ello, de aquellos valores que representan la gracia y la voluntad divinas. Y ésto se verá más adelante cuando enfoquemos lo que es para Donoso Cortés el elemento vital que mueve y configura la Historia: la lucha entre el bien y el mal, entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre, entre la libre voluntad del hombre y la de Dios. Aquí en la tierra el triunfo ha de corresponder al mal, la ciudad que venza será la que represente las fuerzas demoníacas; en la tierra no hay lugar para la ciudad de Dios. Pero todo ésto puede transformarse si Dios, de alguna manera, interviene en este juego suicida del hombre. Más no nos corresponde ahora el desarrollar esta idea, sólo se trata de ejemplarizar la imagen claroscuro que Donoso posee del ser humano.

Hasta aquí el hombre donosiano aislado de la sociedad, de los demás. Nos corresponde, ahora, enfocar al ser humano en interacción con otros, analizar cómo lo que han hecho los hombres en la tierra y en un tiempo dado, ha producido hechos y acontecimientos que entretreídos sutil o groseramente forman en su conjunto la Historia particular o universal de los seres humanos. Donoso vé claramente cuál es el eje de la Historia, por qué hay historia y para qué hay historia. Al analizar y examinar la malla apretada de los acontecimientos humanos utiliza ciertos padrones que los señalan como un potente espíritu religioso. Cuando se desliza por los diferentes períodos de la Historia universal, cuando se sumerge en las diferentes épocas de ésta, lo hace confiado de demostrar cómo uno de los elementos más im-

portantes de la Historia es la intervención directa de Dios.

## II.—

"El destino de la humanidad" ha sido enfocado desde dos puntos de vista antagónicos; uno de ellos es lo que denomina Donoso "civilización católica" y el otro "civilización filosófica". (1).

La civilización católica, que puede ser enfocada desde dos puntos de vista: "o en sí misma, como un cierto conjunto de principios religiosos y sociales, o en su realidad histórica, en la cual esos principios se combinan con la libertad humana" (2), es la verdad, el bien absoluto; la otra, la civilización filosófica, es el error, el mal. En "Correspondencia con Montalembert" escribe: "Yo creo que la civilización católica contiene el bien sin mezcla de mal y que la filosofía contiene el mal sin mezcla de bien alguno" (3). La civilización católica da una imagen del hombre, según Donoso, que como ya lo hemos referido en anteriores páginas, acentúa su naturaleza enferma y caída" de una manera radical en su esencia y en todos los elementos que la constituyen". A causa de que el entendimiento humano está enfermo, debido a que la voluntad yace enferma, no puede ni "inventar la verdad ni descubrirla", ni "puede querer el bien ni obrarle". Cuando la voluntad del hombre se emancipa de Dios y su razón, de la Iglesia "el error y el mal reinan sin contrapeso".

(1) Donoso Cortés entiende por civilización un conjunto de explicaciones que ha recibido el mundo desde un punto de vista religioso, histórico, filosófico, social.

(2) Correspondencia con Montalembert, 4-VI-1849. Obras Completas, T. II, pág. 211.

(3) Correspondencia con Montalembert, 26-V-1849. Obras Completas, T. II, pág. 207.

La civilización filosófica, y con este concepto Donoso Cortés reúne todos los elementos que son ajenos a la visión católica del hombre y del mundo (1). Enseña que la naturaleza del hombre es una naturaleza entera y sana", por lo tanto, el hombre puede conocer la verdad y realizar el bien absoluto. Estas dos civilizaciones, estas dos concepciones del mundo, estas dos imágenes de la historia, se materializan a través del tiempo en diferentes épocas, en determinados hombres. Aún más, estos dos conceptos reflejan nítidamente la lucha de dos fuerzas poderosas: el bien y el mal, las cuales se encuentran en un continuo combate en el mundo del hombre. La Historia se gesta a través de esta lucha y existe gracias a ella.

Ahora bien, la civilización católica en su realización histórica está sujeta "a las imperfecciones y a las vicisitudes de todo lo que se extiende en el espacio y se prolonga en el tiempo" (2) y estas imperfecciones han nacido "únicamente de su combinación con la libertad humana". Los hombres han proclamado "la independencia de la razón y de la voluntad del hombre", la sociedad ha transformado el mal "que era relativo, excepcional y contingente" en "absoluto, universal y necesario".

Desde mediados del siglo XIX Donoso observa cómo los males de su siglo se enlazan con épocas anteriores, las cuales retroceden hasta el mismo siglo XV. Con el paganismo literario se inicia una nueva época, que deja atrás los siglos medievales tan estimados por Donoso, especialmente el siglo XIV que marca la culminación de la civilización católica, y que continúa siendo alimentada con el paganismo filosófico, religioso y políti-

co, para terminar con el paganismo socialista de Proudhon (3). "El siglo de hierro de la civilización filosófica, es decir, el siglo en que la razón y la voluntad del hombre han llegado al apogeo de su independencia y de su soberanía es, sin duda, el siglo XIX" (4). Pero no avancemos más acerca de la imagen que Donoso Cortés posee de su siglo; por ahora no nos interesa. Examinemos principalmente la visión de la Historia antigua que nos entrega, y con ésto, estaremos seguros de llegar a conocer los puntos de vista que tiene de la Historia. Sin embargo, antes de introducirnos directamente en nuestro tema, observemos "las aguas de ese río en que la humanidad va navegando" y junto a ésto, la lucha intensa y prolongada que se desarrolla, desde la existencia del primer hombre hasta nuestros días, entre la libertad y la Providencia, entre Dios y el hombre, y cuyas "grandes vicisitudes son el asunto perpetuo de la Historia". A la luz de ella (de la lucha) observaremos los primeros pasos de la humanidad, nacimientos y caídas de imperios, momentos grandiosos de ciertos pueblos y caídas violentas de éstos mismos. La Historia podrá ser representada gráficamente por una línea que hace altos y bajos, línea que está en continuo movimiento y cuyos altos representan el triunfo del bien sobre el mal, gracias a la intervención directa y personal de Dios, y cuyos bajos indican claramente cómo el hombre, cómo las sociedades prefieren habitar en la ciudad del mal, del mundo, antes que en la ciudad del bien, de Dios.

Incrustadas en el Ensayo, obra cumbre de Donoso Cortés, encontramos las siguientes ideas acerca de Dios, la Historia y la lucha que en ella existe y que es la Historia: "Tended los ojos por toda

(1) Sin lugar a dudas que en Donoso Cortés debe estar presente lo que se ha denominado Ilustración o Epoca de las Luces, con su fuerte predominio de la Razón.

(2) Correspondencia con Montalembert, 4 - VI-1849. Obras Completas, Tomo II, pág. 211.

(3) Donoso Cortés, debido a que murió en 1853, no alcanzó a conocer las obras de Marx y Engels.

(4) Correspondencia con Montalembert, 4 - VI-1849. Obras Completas, T. II, pág. 212.

la prolongación de los tiempos, y veréis cuán turbias y cenagosas vienen las aguas de ese río en que la humanidad va navegando; allí viene haciendo cabeza de motín Adán el rebelde, y luego Caín el fratricida, y tras él muchedumbres de gentes sin Dios y sin ley, blasfemas, concubinarias, incestuosas, adúlteras; los pocos magnificadores de Dios y de su gloria olvidan al cabo su gloria y sus magnificencias, y todos juntos tumultúan y bajan en tumulto, en el ancho buque que no tiene capitán, las turbias corrientes del gran río, con espantoso y airado clamoreo, como de tripulación sublevada. Y no saben ni adónde van, ni de dónde vienen, ni como se llama el buque que los lleva, ni el viento que los empuja" (1). ¡Cuánta precisión para descubrir la incertidumbre y el abandono en que se encuentran aquellos que rebelándose contra las leyes de Dios han hecho parte de la Historia sin saber qué es lo que hacían, ni por qué lo hacían! Es una verdadera imagen del infierno de Dante la que nos presenta Donoso. Sólo hay una diferencia: mientras en Donoso Cortés los adúlteros, los blasfemos, los incestuosos, los fratricidas y rebeldes se entremezclan y confundiendo unos con otros actúan de tal o cual manera, en Dante cada uno de éstos ocupa su lugar distinto de otro, cada uno se encuentra en un círculo del Infierno. Así la visión donosiana requiere una universalidad y una complejidad únicas. En Donoso Cortés la Historia se inicia con Adán, para proyectarse directamente en Caín y Abel: las potencias directoras de la Historia están en pleno desarrollo y actúan mostrándose a veces, u ocultándose otras; ellas (el bien, el mal) son, en último término, la manifestación de una lucha que, aunque tiene un vencedor, se desarrolla más allá del tiempo y del espacio: la con-

tienda entre Dios y Luzbel. Luzbel, en los primeros tanteos de la Creación y de la Historia, ha triunfado: primero en el Paraíso, y luego en la tierra, con Caín. Es por eso que Donoso los coloca en el primer lugar del barco que navega a la deriva.

Pero, la Historia, gráficamente hablando, no es una línea en descenso solamente, también se alza. Más, aún no vuelve a levantarse, cuando cae repentinamente. ¿Por qué? "Dios vuelve a obrar, y la nueva obra divina vuelve a ser deshecha por la libertad humana". Es el hombre, libre pero pecador, quien destruye la obra de Dios. Donoso Cortés describe el gran leitmotiv de la Historia así: "Después del Diluvio vuelve a comenzar la Historia antediluviana; los hijos de Dios vuelven a combatir con los hijos de los hombres; aquí se levanta la ciudad divina, y enfrente la ciudad del mundo; en una se rinde culto a la libertad y en otra a la Providencia, y la libertad y la Providencia, Dios y el hombre vuelven a reñir aquel gigantesco combate cuyas grandes vicisitudes son el asunto perpetuo de la Historia. Los parciales de Dios van a todas partes de vencida; hasta el nombre de Dios, incommunicable y santo, cae en un olvido profundo..." (2). En este párrafo está representado el "asunto perpetuo de la Historia"; la lucha violenta en la historia configura a ésta de tal modo que le impide un avance progresivo, especialmente moral: Donoso dice que después del diluvio la historia antediluviana comienza de nuevo, es decir, la lucha no termina después del diluvio (acontecimiento que indica una intervención de Dios en la Historia), sino que continúa al igual que antes. Y como en una gran proporción, según Donoso, las victorias pertenecen a la ciudad del mal, se desprende de esto que no existe un progreso en la Historia; todo lo contrario, la

(1) Obras Completas de J. Donoso C., Tomo II, El Ensayo, pág. 409.

(2) Idem.

historia implicaría en último término el campo propio en donde pueda actuar con posibilidad de triunfo, el demonio. Los conceptos de ciudad que utiliza Donoso pertenecen, sin lugar a dudas, a San Agustín y están indicando claramente la influencia de éste en el político español.

La formación de sociedades, es decir, de grandes grupos humanos; de ciudades; naciones; imperios; su interacción; sus roces; influencias recíprocas; sus guerras, constituyen parte importante del proceso de la Historia universal. Conjuntamente con el hombre singular, estas ciudades, estos estados, estos imperios, son también actores de la Historia. En ellos y sobre ellos, circula una corriente de "infortunios", de "discordias", de luchas que sólo conducen a la realización y al triunfo del mal. "Aquí se levantan grandes y populosas ciudades, allí se sientan llenos de soberbia y de pompa agigantados imperios; hordas embrutecidas y feroces vagan con insolente ociosidad por bosques inmensos o por desiertos inconmensurables. Y el mundo arde en discordias y está como ensordecido con los grandes clamores de la guerra. Los imperios caen sobre los imperios; las ciudades sobre las ciudades; las naciones sobre las naciones, las razas sobre las razas, las gentes sobre las gentes; la tierra es toda universales infortunios y universales incendios. La abominación de la desolación está en el mundo". (1). Esta descripción "catastrófica" pertenece a la imagen que Donoso Cortés posee de la Historia antigua anterior a Cristo.

Con la venida de Cristo los hombres conocen y viven la más perfecta de las intervenciones divinas, "y vino el que había de venir enviado por el Padre, para la redención del mundo y para con-

suelo de las gentes" (2). Pero este sublime momento fué de corta duración. La muerte de Cristo reinició la lucha, y su Iglesia "heredó de su Divino Fundador y Maestro el privilegio de la persecución y de los ultrajes". Con la aparición de la Iglesia católica surge un nuevo actor en la Historia universal, el cual, a pesar de su origen divino, contribuyó de alguna manera a alimentar y engrosar las filas del mal: "De su propio seno brotaron aquellas grandes herejías que rodearon su cuna a manera de monstruos dispuestos a devorarla" (3). Siempre la Historia universal será el teatro de "la tremenda batalla entre el Hércules divino y el humano"; por todo el mundo "de mar a mar", "de continente a continente", "de un polo al otro polo", se combate reciamente y los emblemas enarbolados dan a entender que se lucha o por la gloria de Dios, o por el triunfo del mundo. Este combate ininterrumpido no siempre se percibe exteriormente en los acontecimientos. Las apariencias pueden engañarnos, pero si observamos detenidamente, si buscamos la realidad histórica, contemplaremos nítidamente que todo acontecimiento, hecho o palabra está siendo impulsado por fuerzas heterogéneas que se estrellan entre sí, reclamando cada una de ellas la dirección de los sucesos. "Toda palabra que se pronuncia, o está inspirada por Dios, o inspirada por el mundo". Y enfrentado a esta visión del mundo histórico Donoso Cortés piensa que al ser humano no sólo le está permitido contemplar los acontecimientos inspirados, de algún modo, por potencias extrañas a él, sino que también le corresponde participar, actuar en el teatro de la Historia. "No hay hombre ninguno que, sabiendo-

---

(2) Idem.

---

(1) Obras Completas de J. Donoso C., Tomo II. El Ensayo, pág. 410.

---

(3) Obras Completas de J. Donoso C., Tomo II. El Ensayo, pág. 411.

lo o ignorándolo, no sea combatiente en este recio combate, ninguno que no tenga una parte activa en la responsabilidad del vencimiento o de la victoria" (1).

### III.—

Con relación a la Historia antigua, Donoso Cortés posee una visión teológica de ésta. Observemos detenidamente:

"En la manera de pronunciar ese nombre (2) está la solución de los más temerosos enigmas; la vocación de las razas, el encargo providencial de los pueblos, las grandes vicisitudes de la Historia, los levantamientos y las caídas de los imperios más famosos, las conquistas y las guerras, los diversos temperamentos de las gentes, la fisonomía de las naciones y hasta su varia fortuna" (3). Esta es la tesis de Donoso y, apoyándose en ella, describe la Historia antigua. Según sea concebido Dios por los pueblos, éstos edificarán una historia que esté de acuerdo con los valores fundamentales que su concepción del Ser Supremo exige. El Oriente identifica a Dios con la "infinita substancia" y el adorador de ésta "está condenado a una esclavitud perpetua y a una indolencia infinita". En Oriente "se levantarán a lo alto y de repente, por la secreta virtud de una vegetación poderosa, imperios colosales, sin dejar rastro en la memoria de los hombres, ni de su caída ni de su levantamiento; los ejércitos estarán sin disciplina, como los individuos sin inteligencia; el ejército será ante todas cosas y principalmente, muchedumbre; la guerra tendrá menos por objeto averi-

guar cuál es la nación más heroica que cuál es el imperio más populoso; la victoria misma no será un título de legitimidad, sino porque es el símbolo de la divinidad, siéndolo de la fuerza" (4). Breves líneas que bosquejan certeramente algunas características del Oriente. Pero hay algunas ideas que independientemente de nuestro tema, o sea, de la visión que tiene Donoso Cortés de la Historia antigua, nos interesan: los imperios se han levantado "por la secreta virtud de una vegetación poderosa"; nos recuerda un par de conceptos: hombre-medio, que de algún modo representó una de las más interesantes concepciones de la Historia que tuvo el siglo XIX: la historia condicionada, y acaso determinada, por la naturaleza y el medio geográfico.

También es importante en este párrafo la conciencia clara que posee Donoso y que en páginas anteriores ya hemos señalado acerca del nacimiento, desarrollo y muerte de los imperios en el antiguo Oriente; muerte que se debe a la acción directa de otros imperios. Estos imperios poderosísimos poseyeron ejércitos sin disciplina, con individuos sin inteligencia que, en último término eran meras muchedumbres. La inmensidad de un imperio, paralela a la inmensidad del dios oriental, permitirá que triunfe, se imponga, avasalle a otros.

Mientras el Oriente reverenciaba a una "infinita substancia", en el Occidente un pueblo adoraba a una multitud de dioses, y así como se configuraba una visión tumultuosa, llena de confusiones, casi juguetera de los dioses, también la acción e interacción de los hombres en sus ciudades vivía "las mismas vicisitudes" de la unidad religiosa, de la concepción de los dioses. "En esta multitud de ciudades y de dioses todo será desordenado y confuso; los hombres tendrán

(1) Idem.

(2) Se refiere a Dios.

(3) Obras Completas de J. Donoso C., Tomo II. El Ensayo, pág. 350.

(4) Obras Completas de J. Donoso C., Tomo II, pág. 350-351. El Ensayo.

un no sé qué de heroico y de divino, y los dioses un no sé qué de terrenal y de humano" (1). Y este pueblo (2) llamado por los orientales, pueblo de niños, "será grande por sus poetas y famoso por sus artistas, y se dará al mundo en espectáculo... La familiaridad y parestesco con sus dioses hará a ese pueblo vano, caprichoso, locuaz y petulante, falta de respeto a la divinidad carecerá de gravedad en sus designios, de firmeza en sus propósitos, de consistencia en sus resoluciones..." 3). Para él su grandeza se realizará en el "movimiento". Hay expresiones en este párrafo, que nos parecen injustas con el pueblo griego, por ejemplo, que careció de gravedad en sus designios, de firmeza en sus propósitos, etc. Pero, sin entrar a demostrar con hechos, ya que nuestro trabajo no consiste en ello, lo contrario, deseamos señalar una idea que nos parece rica en su contenido y es aquella que expresa que el pueblo griego se realiza y encuentra su grandeza en el movimiento, frente al oriental que se apoya en la "duración". La masificación, la pesadez y ese algo de eterno del Oriente —tan bien señalado por Donoso— está en oposición con el principal rasgo de los griegos, que sería su "movimiento". Debíó haber impresionado a Donoso la agilidad de diferentes situaciones, de a veces casi paradójales hechos en que vivía este pueblo, la brillantez de sus individualidades y, en general, la visión religiosa que los griegos poseyeron de sus dioses. Aún más, la interacción, el choque de las diferentes ciudades-estados de los griegos. Sin

lugar a dudas que, apoyándose en mitos, leyendas, tradiciones, historias de corte científico, Donoso vislumbró un acontecer dinámico, lleno de ímpetus, de fuerza, de movimiento, en la Historia griega.

Las características de Oriente y de los griegos se enlazan sutilmente en un tercer pueblo: el romano. "En política, como en religión, Roma es a un mismo tiempo el Oriente y el Occidente". La duración del Oriente y el movimiento de los griegos entretienen una realidad histórica que se manifiesta con el Imperio Romano, "que llega a los confines del mundo" y que es llamado "eterno". El destino de Roma era preparar "las vías a Aquel que había de venir"; su encargo providencial "fué asimilarse todas las teologías y dominar a todas las gentes". Venciendo a Esparta, Atenas, Memphis, Babilonia y Nínive, asimila de éstas severidad cultura, pompa y grandeza. Sintetiza todos los atributos y defectos del Oriente y de los griegos: "para decirlo todo de una vez, el Oriente es la tesis, el Occidente su antítesis, Roma, la síntesis". Y Roma no es solamente síntesis en el orden político y social, sino también en el orden religioso; y esto último es lo fundamental para Donoso, pues por ejemplo: la caída del Imperio Romano tiene como causa el que sus dioses sucumbieron: "su imperio acabó porque acabó su teología". El principio de que es la religión, la concepción de Dios o de los dioses que poseen los pueblos, la que determina la historia de éstos, debe ser señalado, puesto de relieve por la Historia. Y al señalarla, ésta manifiesta y desentraña "el gran principio que está en lo más hondo del abismo de la conciencia humana".

---

(1) Obras Completas de J. Donoso C., Tomo II. El Ensayo, pág. 351.

---

(2) Se refiere a los griegos.

---

(3) Obras Completas de J. Donoso C., Tomo II. El Ensayo, pág. 351.